



La antigua farmacia de Villar del Río (Soria), que pide su reapertura // GUILLERMO NAVARRO

LA AGONÍA DE LA FARMACIA RURAL, EL ÚLTIMO BALSAMO DE LA ESPAÑA VACÍA

El boticario es una figura en vías de extinción en **581 pueblos**. La despoblación y la bajada del precio de los medicamentos castigan a este refugio sanitario de muchas zonas rurales. Con todo, si la cruz verde sigue encendida se frena el éxodo de los jóvenes y las mujeres



Por HELENA CORTÉS

Si una farmacia rural se cierra, el pueblo se muere. Por eso Miguel Ángel López, alcalde de Villar del Río (Soria), lleva ya seis años luchando para reabrir la de esta localidad de 145 habitantes. En 2018, el boticario se fue a Madrid y echó el cierre. No esperó a negociar un traspaso, dejando a los vecinos huérfanos de la luz de la cruz verde, a merced de un botiquín que gestiona el farmacéutico de San Pedro de Manrique, a 13 kilómetros. «Oficialmente, funciona dos días por semana, pero Juanjo conoce a su clientela y les lleva los medicamentos a casa», relata López, que ofrece al futuro farmacéutico la cesión gratuita del local de la vieja botica y la casa del médico. Tienen ya varios interesados, pero la burocracia les impide, de momento, recuperar este servicio esencial: en Castilla y León no se celebra un concurso para nuevas aperturas desde hace más de una década. Así que les toca seguir esperando.

En España, la distribución de las farmacias por la geografía es envidiable: están en el 90% de los municipios rurales. En total, hay 4.422 boticas ubicadas en pueblos de menos de 5.000 habitantes, y 1.864 en pedanías de menos de 800. En la práctica, son la atención sanitaria más cercana (y en algunas ocasiones la única) con la que cuentan los vecinos de esos enclaves, muchos de ellos mayores de 70 años. Cuando Montse Rodríguez, farmacéutica de Canencia (Madrid), llegó al pueblo, el médico pasaba consulta todos los días. Ahora, sólo va tres mañanas por semana. «Aquí todavía existe este cariño y respeto por nuestro oficio. Al final, conoces a la gente, te implicas con sus problemas...», explica esta sanitaria. Pero no siempre pueden suplir con vocación los estragos de la despoblación. En las farmacias rurales, nueve de

cada diez euros facturados, según un estudio del Consejo General de Colegios de Farmacéuticos elaborado por Afi, proceden de la dispensación de medicamentos. Pero si la población mengua año a año, cada vez hay menos recetas. Además, el precio de los fármacos, y por lo tanto el margen que reciben por cada venta, no deja de bajar. «En la ciudad muchos viven de especialidades como dermofarmacia, ortopedia... Tampoco tenemos centros privados u hospitales cerca, que al final esas recetas también suman», lamenta Rodríguez.

Ayudas limitadas

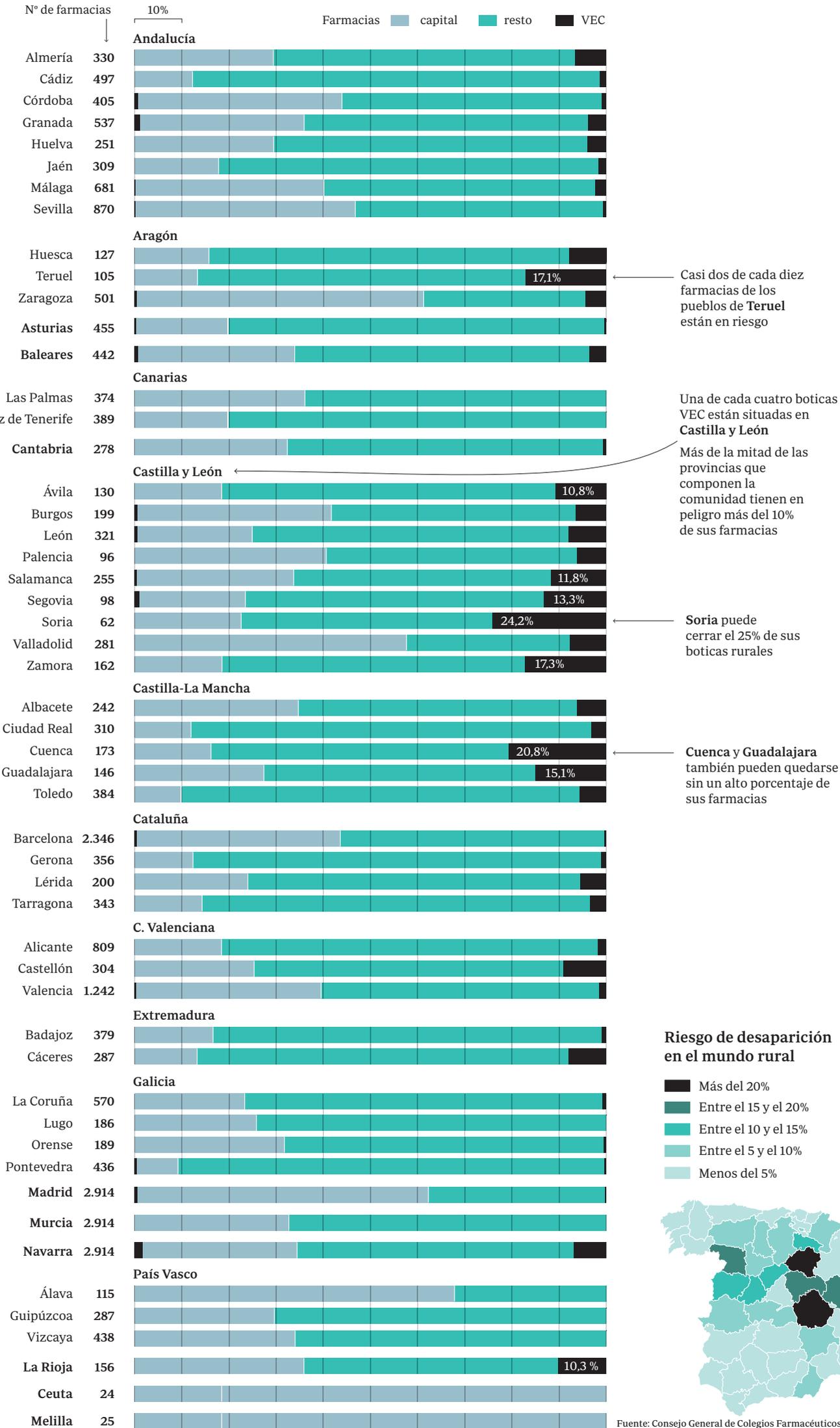
La botica de Montse es una de las 697 que, por su baja facturación (menos de 235.000 euros anuales, según la última reforma del Ministerio de Sanidad), se encuentran en una situación de Viabilidad Económica Comprometida (VEC). El 83,4% de estas farmacias en riesgo, unas 581 en total, están en áreas rurales. De ellas, 530 (el 91,3%), se localizan en micromunicipios rurales. En la España más vacía, por tanto, una de cada tres farmacias necesita ayuda para no echar el cierre. La ayuda máxima que pueden recibir es de 979,16 euros, pero de media reciben 272,7 euros mensuales, apunta el informe de Afi. «Algo ayuda, pero sólo de eso no se puede vivir», sentencia Rodríguez. La clave, explican desde la Sociedad Española de Farmacia Rural (Sefar) es que se les retribuye por receta, y no por su labor asistencial. «La legislación no siempre está pensada para pueblos de 120 habitantes», lamenta Elena Amar, portavoz de la organización.

La mayoría de estas farmacias en apuros se sitúan en las comunidades autónomas más castigadas por la despoblación: Castilla y León, Castilla-La Mancha y Aragón. Allí se mudó, hace ya unos cinco años, Patricia Molina. Esta joven de apenas 30 años es la titular de la farmacia de Jaulín (unos 250 habitantes) y el botiquín de Fuentodotos (unos 121 habitantes), «una especie de almacén donde nos desplazamos unos días a la semana para llevar los medicamentos que necesita la población», apunta esta sanitaria. Ella llegó al pueblo atraída por la parte más romántica del oficio, la labor puramente asistencial: «No me interesaba tanto la parte comercial. Nuestros pacientes, mayores y polimedicados, necesitan mucha dedicación. Este seguimiento permite optimizar las terapias e incluso ayudarles con cuestiones sociales y temas informáticos. Otra ventaja es que tenemos una relación más fluida con el centro sanitario y eso permite atajar muchos problemas», asume.

La cara B, reconoce, es que tienen que vigilar sus gastos al milímetro: desde la gestión del 'stock' de medicamentos (para evitar que caduquen), hasta el ahorro en suministros. Por eso, bromea Molina, en sus estanterías antes sólo se encontraban pañales en verano, cuando los padres dejaban a sus hijos con los abuelos. Ahora, que han celebrado

Farmacias en riesgo

En porcentaje sobre el total provincial



el nacimiento de tres niños, trabaja con más productos infantiles.

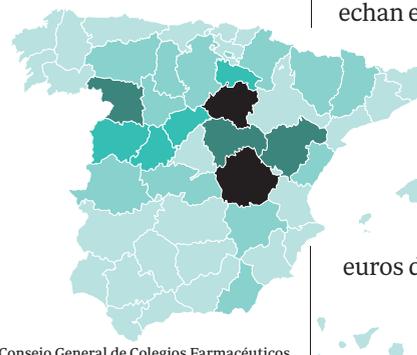
Otro problema de las boticas rurales es la conciliación. No pueden permitirse contratar a otra persona, por lo que simplemente coger vacaciones se convierte en toda una odisea. De hecho, según el informe de Afi, el 92,4% de las farmacias situadas en pequeños pueblos cuentan sólo con un único trabajador, el titular. «Podemos charlar ahora, pero si viene alguien te tengo que colgar. Como buena farmacéutica rural estoy sola», admite al otro lado del teléfono Marta Terciado, titular de la farmacia de Velayos, con 213 habitantes.

Como sus compañeras (porque el 65,5% de las titulares de farmacias rurales son mujeres), Terciado está acostumbrada a atender tras el mostrador y a domicilio. Para resolver los problemas de desabastecimiento que sufren también en la ciudad, tiran de solidaridad vecinal. Gracias a la aplicación FarmaHelp o los grupos de WhatsApp de boticarios de la zona evitan a los pacientes peregrinaciones innecesarias por los comercios de la zona y les dicen dónde encontrar el tratamiento que necesitan.

Innovación y futuro

Su establecimiento «que de momento no es VEC pero acabará siéndolo», asume forma además parte de la red de farmacias centinela de Castilla y León, que colabora con la Consejería de Sanidad en la notificación de reacciones adversas de medicamentos y en estudios de investigación. «Recabamos información sobre las vacunas del Covid y ahora hemos empezado uno sobre el consumo de opioides», asume Blanca Chía, titular de la botica de Castrejón de la Peña (Palencia), defiende también este carácter innovador de los profesionales: «Somos muy vocacionales, estamos muy formados y participamos activamente en sociedades científicas e investigaciones. Yo estoy dentro del grupo de farmacogenética, un servicio que no ves en muchas farmacias de ciudad».

Aunque ella es feliz en Castrejón, no sabe si se jubilará allí. De momento, con su farmacia VEC quiere ganar puntos para acercarse a la ciudad en futuros concursos: «Una cosa es la idea romántica de volver al pueblo y otra tener que depender del coche para casi todo. En el campo hay aún muchas carencias», lamenta. Las farmacias de la España despoblada pueden ser, en cierto sentido, parte de la solución. En los lugares donde no echan el cierre, concluye Afi, se frena el éxodo de población (sobre todo joven y femenina) y el incremento del paro. Sólo en 2020, estas empresas tuvieron un impacto de casi 1.600 millones de euros en su entorno. Generaron más de 371 millones de euros de valor añadido directo y 801 millones de efecto indirecto. Protegerlas es proteger el mundo rural.



Fuente: Consejo General de Colegios Farmacéuticos